



Reseña / POR MARTÍN SCHORR

Alejandro Bercovich

El país que quieren los dueños

Buenos Aires: Planeta. 240 páginas, 2025



Alejandro Bercovich es economista y uno de los periodistas más agudos de la Argentina. Y acaba de publicar un libro indispensable en el que se traza una radiografía pormenorizada del poder económico en la Argentina contemporánea, en especial de cuáles son las principales apuestas estratégicas de lo que denomina los *dueños*.

Una lectura del conjunto de la obra, para la que el autor convocó a un verdadero *seleccionado* de especialistas que abordan temáticas diferentes,¹ arroja numerosas claves para reflexionar acerca de un interrogante crucial en un momento histórico como el que estamos transitando desde que se inició el gobierno de ultraderecha de Milei. ¿Cómo es posible que estos sectores del poder fueran tan críticos de gobiernos no neoliberales, siendo que en pasajes importantes de estos obtuvieron beneficios extraordinarios? ¿Y cómo puede ser

que hoy auspicien y hasta abracen el planteo en curso, cuando muchos de sus balances contables reflejan quebrantos más o menos considerables?

En la búsqueda de respuestas para estos interrogantes un tanto paradójales, el libro reconoce, pero sin colocar en un lugar explicativo central, la ideología antipopular del gran empresariado (con profundas raíces históricas) o su renuncia a encabezar un proyecto de país. Una de las hipótesis es que estos sectores prefieren sacrificar sus negocios a corto plazo si como contrapartida pueden garantizarse a mediano y largo plazo el despliegue o el afianzamiento de procesos estructurales que a la postre resulten difíciles o imposibles de revertir. En este sentido, Bercovich y sus colaboradores abordan varias de las apuestas estratégicas de los dueños (posturas que no son nuevas, pero que han encontrado mucha receptividad en una gestión obsecuente que las ha convertido en un eje nodal de su programa de gobierno). Por una cuestión de espacio, aquí nos vamos a detener en las tres que consideramos más sugerentes.

La primera gran apuesta es la de establecer y blindar un marco normativo para el mercado de trabajo que favorezca a los propietarios del capital en contra de los trabajadores. Desde la misma

¹ Además de los aportes de Bercovich, el libro reúne las contribuciones de Gustavo García Zanotti (grandes empresas, guaridas fiscales y exteriorización del excedente), Cecilia Rikap (tecnomagnates), Juan Odisio (el proyecto del poder económico desde una perspectiva histórica), Lara Bersten (características y perspectivas de Vaca Muerta) y Augusto Tartufoli (socialización, hábitos y vida cotidiana de los dueños).

asunción del gobierno de Milei se han venido haciendo esfuerzos denodados en esta materia y en línea con reclamos recurrentes de las patronales, muchas veces frenados por la impugnación social y sindical (sobre todo de los núcleos más combativos). Entre otros aspectos de la reforma laboral que se impulsa se destacan: la concesión de mucho más poder a los empleadores en el ámbito de las relaciones individuales y colectivas de trabajo, el estímulo a la terciarización (precarización) laboral, la ampliación del período de prueba, la eliminación de multas ante la existencia de empleo no registrado y la limitación al ejercicio legítimo del derecho a huelga.

La segunda apuesta estratégica se vincula con afianzar todavía más un proceso de larga data cuya génesis histórica se remonta a la *gran transformación* que inauguró la última dictadura cívico-militar. Nos referimos puntualmente al intento de consolidar el lugar periférico y subordinado que ha venido ocupando la Argentina en la división internacional del trabajo en calidad de proveedora de materias primas (energía, minerales y proteína vegetal). Esto, a instancias de lógicas de acumulación de neto corte extractivista, conducidas por capitales concentrados altamente transnacionalizados y con hondos (muy regresivos) repercusiones en términos

económicos, sociales, medioambientales, de vulneración de derechos y una larga lista de etcéteras. Con respecto a esa suerte de *mandato* exportador anclado alrededor de las ventajas comparativas existentes, que cuenta con un amplio consenso (incluso en el interior del campo heterodoxo), vale la pena apuntar que se trata de un planteo que:

- implica un achicamiento cada vez más pronunciado del mercado interno, para lo cual se requiere, entre otras cosas, la vigencia de salarios y otros ingresos fijos bien reducidos, así como la retracción del gasto público en todas aquellas partidas que puedan dinamizar la demanda interna;
- se asocia a la profundización de la desindustrialización y, con esto, al desmantelamiento de capacidades científico-tecnológicas domésticas;
- se inscribe en la concesión de un sinnúmero de prebendas al gran capital, como por ejemplo las establecidas en el Régimen de Incentivo para Grandes Inversiones (RIGI), aprobado durante la gestión actual;
- articula los intereses de amplios sectores del poder económico porque, en esencia, apunta a generar divisas para pagar la deuda externa. En otras palabras, es el modelo más afín a los

intereses de los grandes exportadores y el capital financiero.

La tercera apuesta estructural de los dueños pasa por preservar y ampliar el fenómeno de la *captura del Estado*. En el marco de la “batalla cultural” que están librando quienes comulgan con las ideas y las propuestas retrógradas de La Libertad Avanza (LLA), se ha difundido el argumento de que en la Argentina el déficit fiscal es expresión de un intervencionismo estatal excesivo y, en buena medida, ineficiente. También son recurrentes los señalamientos en cuanto a que allí, a través de la emisión monetaria, radican las causas de la alta inflación que aflora una y otra vez.

A partir de esta caracterización se concluye en forma bastante simplista que para hacer frente a los desequilibrios fiscales (y a la suba de precios) se debe intervenir básicamente en dos ejes. Por un lado, en un recorte drástico del gasto público, en particular de aquel destinado a dinamizar la inversión, financiar la previsión social, la educación, la ciencia y la tecnología, la salud, transferir recursos a las provincias y sostener la dotación y las remuneraciones del personal estatal. Por otro lado, en reducir la cantidad de moneda en circulación, para lo cual la política económica debe asegurar la vigencia de una tasa de in-

terés elevada en términos reales. Pese a que se basa en supuestos de dudosa comprobación y cientificidad, esta lógica argumental ha probado ser potente y efectiva en términos de la construcción de sentido, aunque no casualmente esconde muchas cuestiones referidas a intereses bien concretos.

Como se desprende del libro que estamos reseñando, si se hiciera una historia seria y rigurosa de la situación fiscal en la Argentina en las últimas largas décadas se corroboraría que, cuando hubo déficit fiscal (casi todo el tiempo, salvo en un primer tramo del ciclo de gobiernos kirchneristas), este se explicó en una parte fundamental por las abultadas transferencias de recursos que el Estado nacional canalizó a diversas fracciones de la clase dominante con el trasfondo de una estructura impositiva regresiva y un cúmulo enorme de riqueza *offshore* ligada a muchos de los dueños (esto último al calor de múltiples mecanismos de evasión y elusión fiscal). Sin pretender exhaustividad, se pueden consignar algunos de los mecanismos mediante los cuales el poder económico ha venido internalizando fondos estatales (o sea, del conjunto de la sociedad):

- los abultadísimos pagos de intereses de la deuda pública externa e interna;

- las fuertes y variadas subvenciones conferidas a actividades en extremo rentables controladas por capitales transnacionales (exportadores del sector agropecuario, productores de petróleo y gas, megaemprendimientos mineros, comercio electrónico y finanzas);
- el sacrificio fiscal implícito en numerosos instrumentos de intervención: franquicias impositivas, arancelarias y aduaneras en diferentes regímenes de promoción a la inversión, “devaluaciones fiscales” a través de una reducción importante de la carga impositiva que grava a las corporaciones líderes y a los sectores más ricos de la sociedad, etc.;
- la concesión de subsidios y/o de tipos de cambio de preferencia para firmas que integran el núcleo de la actividad exportadora, así como la reducción o la eliminación de retenciones;
- la estatización, la licuación o la condonación de deudas multimillonarias a grandes empresas y conglomerados económicos;
- los sobreprecios reconocidos a proveedores de distintas reparticiones gubernamentales y contratistas de la obra pública.

Hay vasta evidencia de que semejante captación de excedentes por parte del capital más concentrado (nacional e internacional) ha movido muy poco el amperímetro en materia de inversiones y de ampliación y diversificación de la capacidad productiva del país. Antes bien, los recursos apropiados por las vías mencionadas por distintos estamentos del poder económico han alimentado la fuga de divisas (mayormente a paraísos fiscales) o se han reciclado en el plano interno hacia la esfera financiera a partir del aprovechamiento de los sucesivos *festivales de bonos* estatales que tuvieron lugar.

Así, las mismas fracciones dominantes que se han beneficiado con las transferencias de ingresos estatales, también han obtenido pingües ganancias por préstamos al sector público para que financie el déficit fiscal que las tiene como responsables centrales, consumando una verdadera *captura del Estado*. En palabras de Bercovich:

Con sus dólares depositados en el exterior, a buen resguardo de eventuales raptos redistributivos de sus compatriotas, ese núcleo más favorecido de la sociedad compra –entre otros activos– bonos de la deuda argentina. Así se convierten en acreedores de sus compatriotas. Los bonos pagan inte-

reses muy por encima del promedio mundial, entre otras razones porque el país recae cíclicamente en cesaciones de pagos. Esos intereses terminan por engordar aún más las fortunas de quienes debieran financiar al Estado pagando impuestos y no prestándole ese mismo dinero a altas tasas de interés. Una calesita en la que la sortija les toca siempre a los mismos.

En parte por sus crisis recurrentes, en parte por la deriva socioeconómica de las políticas del gobierno de LLA (que se mueve por un desfiladero cada vez más estrecho), el debate en la Ar-

gentina suele quedar preso de la coyuntura. Entre otras cosas, esto acarrea que no aparezcan ni se problematicen aspectos tan importantes como las apuestas estratégicas de los dueños, que en definitiva son los mandantes de Milei y toda la claqué de libertarios que lo secunda. En ese marco, el libro de Alejandro Bercovich arroja muchísima luz y, como tal, debiera ser de lectura obligatoria para todos aquellos sectores interesados en ponerle un freno a las ambiciones de los dueños y sus ejecutores en el aparato estatal; condición necesaria (aunque insuficiente) para empezar de una vez por todas a sentar las bases de un país fundado en principios de justicia, igualdad y solidaridad.